



CAPITULO VII.

El incendio del Sur.

AQUEL pequeño alboroto verificado en el pueblecillo de Ayutla ante un centenar de personas, y que más bien que un pronunciamiento en forma había tenido el aire de un juego de muchachos, tuvo grandísima trascendencia. La noticia cundió como por hilos telegráficos, no obstante que entonces aun no se conocían, propagándose en el Sur como un incendio y en los departamentos contiguos, y en la capital misma, con una rapidez maravillosa. Casi se puede decir que por intuición se había comunicado de boca en boca, llegando al palacio del gobierno por los rumores antes que por las comunicaciones oficiales y oficiosas. Todos hablaban en los primeros días de Marzo del pronunciamiento de Guerrero, sin poder precisar ni el punto ni las personas que lo habían iniciado. Unos lo achacaban á don Nicolás Bravo, que permanecía separa-

do de los asuntos públicos en Chilpancingo, otros decían sencillamente que los Alvarez; pero nadie se acordaba ni de Villarreal, ni de Comonfort, ni de Moreno.

Los jefes de las columnas santanistas que habían venido avanzando, se detuvieron atónitos, puesto que no se les había dado instrucciones para emprender operaciones de guerra. A ellos se les había dicho: van á aprehender á los Alvarez, á Moreno, á Comonfort, á todos los sospechosos: los matan sin compasión si se resisten, les quitan el poder y las armas, los despojan de cuanto tengan, entran como señores absolutos en Guerrero representando la autoridad dictatorial; pero no se les había dicho cómo obrarian en caso de una rebelión declarada: el gobierno no podía figurarse que pudieran atreverse á desafiarlo con los poquísimos elementos de que podían disponer, y mucho menos cuando tenía la creencia de que algunas guarniciones como las de Acapulco y la Costa Chica, le permanecerían fieles, así fué que los que iban á sorprender eran los sorprendidos. No podían figurarse, no podían creer, lo consideraban como un sueño, como un delirio, que aquel grupo de hombres, pequeñísimo, se atreviera contra el gigante que iba ya en camino de proclamarse Emperador.

—¡Pobres! exclamaban los más compasivos, ¡cuán pronto van á ser completamente aplastados!

Luego que don Ignacio Comonfort tuvo noticia del pronunciamiento de Ayutla en la hacienda de la Providencia, donde se encontraba conferenciando con Alvarez, se dirigió precipitadamente para Acapulco con el fin de ultimar los trabajos que ya tenía emprendidos en la guarnición que residía en el puerto. El coronel don Rafael Solís, que era el jefe de aquella, convocó á los oficiales que

estaban bajo su mando en el castillo de San Diego, proponiéndoles secundar el plan de Ayutla, pero reformándolo según las indicaciones que le había hecho el coronel, para poder firmarlo. Estas reformas consistían en quitar la vaguedad que contenía el plan primitivo que se había hecho con cierta premura, diciéndose terminantemente que los gobiernos revolucionario é interino que llegaran á establecerse, darían cuenta de sus actos al Congreso que se reuniera con el carácter de constituyente, dejando al país en absoluta libertad para darse sus instituciones.

Poco comprendían de esto los subalternos allí reunidos, pero dijeron que sí á todo, y el plan se reformó en Acapulco, firmándose por Comonfort, Solís, el teniente coronel Miguel García y otros quince ó veinte oficiales, siendo desde ese momento la bandera reconocida y aceptada por la revolución.

Comonfort, desde luego, expidió la siguiente proclama:

Ignacio Comonfort, Coronel retirado, gobernador de la plaza y comandante principal de la demarcación:

¡Compañeros de armas! En momentos bien solemnes me llamais, y estoy ya á vuestro lado. Próxima la patria á sucumbir por los desaciertos de una administración caprichosa y arbitraria, habeis levantado el estandarte de la libertad, resueltos á defender los derechos del pueblo soberano. Para tan patriótica empresa habeis juzgado de algún valer mis débiles servicios, y me teneis dispuesto á derramar mi sangre con vosotros.

Bajo el pretexto de una invasión pirática, el gobierno ha pretendido inundar de tropas el Sur, porque de este modo, apoyado en la fuerza, podría ejercer en él su despotismo; pero sus esperanzas quedarán burladas; esas tro-

pas no llenarán la misión del tirano; y si algún enemigo exterior, efectivamente, invade nuestro territorio, pelearemos hasta rechazarlo, ó pasará sobre nuestros cadáveres.

Surianos: Los Exmos. Sres. generales Don Nicolás Bravo, Don Juan Alvarez y Don Tomás Moreno, han sido invitados por nosotros para ponerse al frente de las fuerzas libertadoras. Ellos, no lo dudeis, corresponderán muy dignamente al voto de confianza que les hemos otorgado: abrazarán nuestra causa porque es santa y justa; y nosotros, guiados por tan ilustres caudillos, iremos llenos de fé á buscar la victoria con que la Providencia premia á los pueblos que luchan por su libertad.

¡Soldados de la patria! Nobles son vuestros esfuerzos; pero para que causa tan sagrada no se desvirtúe, fuerza es que seais subordinados. Ayudadme á conservar el orden, á proteger la seguridad de los ciudadanos, y á probar al mundo, que pertenecemos al número de los pueblos civilizados. De este modo, podreis con la conciencia tranquila afrontar los peligros, en medio de los cuales hallareis siempre á vuestro compañero y amigo—*Ignacio Comonfort*.

Acapulco, Marzo 11 de 1854.

Alvarez aceptó la invitación que se le hizo para que se pusiera al frente de las tropas pronunciadas, con la siguiente comunicación:

Ejército restaurador de la libertad.—General en jefe.
—Con la nota de usted de 11 del presente, han llegado á mis manos los ejemplares impresos del plan político que ha secundado la guarnición de esa plaza, en vista del que

en Ayutla proclamó el patriota y valeroso coronel Don Florencio Villarreal; y quedo al mismo tiempo impuesto de que á consecuencia de tan fausto suceso, usted se ha hecho cargo del mando de las armas de toda esa demarcación.

En cuanto á la excitativa que se sirve hacerme de parte de sus subordinados, para que me ponga al frente de las fuerzas que sostendrán el mencionado plan, tengo el honor de decir á usted que la acepto, y que desde luego expediré mis órdenes á las tropas que me obedecen, que se titularán en lo sucesivo: «Ejército Restaurador de la Libertad,» para que abierta la campaña sobre las fuerzas del general Santa-Anna, que han invadido parte del territorio de este departamento, se ejecuten las operaciones militares que es necesario emprender para difundir y llevar á buen éxito el actual movimiento político, que no dudo encontrará las mejores simpatías en el país, porque él está de acuerdo con las ideas de los mexicanos acostumbrados á estimar y defender una libertad sagrada, adquirida á inmensos costos.

Me decido á dar á mis compatriotas una última prueba de mi amor á su bien social; porque sería traicionar á mis propias convicciones, conformarme pasivamente con la odiosa y despótica dominación del hombre que, burlando el voto nacional, se ha constituido en caudillo de un partido sanguinario, y tiraniza á su voluntad al pueblo mismo que generosamente lo llamara para afianzar sus libertades y derechos.

Mi edad bastante avanzada y mis notorias enfermedades, me exigían retirarme al descanso de la vida privada; mas al llamado de mis conciudadanos, he alejado de mí el bienestar particular, y vengo á sacrificarlo todo á la

causa sagrada que desde tiempos muy atrás sirvo con lealtad, porque ella es la de la patria, ella la que nos mandaron defender los nobles mexicanos que nos antecedieron en la memorable guerra de la independencia.

Por todo lo dicho, me adhiero solemnemente al movimiento iniciado en Ayutla, y secundado en esa plaza, protestando acatar las reformas que la nación estime conveniente hacerle, y no dejar las armas de la mano, hasta que consumado aquel, ya no sea necesaria mi persona, y se hallen al frente del poder público los dignos mandatarios que sean llamados á ejercerlo por la libre y espontánea voluntad de los mexicanos.

Tengo el honor de exponerlo á usted correspondiéndole las protestas de aprecio con que se sirve favorecerme.

Dios y libertad. Venta Vieja, Marzo 13 de 1854.
—*Juan Alvarez*.—Sr. Don Ignacio Comonfort, gobernador y comandante principal de Acapulco.

Y trasladándose desde luego al histórico cerro del Peregrino que había de ser la base de las operaciones, llevando como su secretario á Benito Juárez, dirigió á las tropas en 14 de Marzo la siguiente proclama:

Juan Alvarez, General de División, en jefe del ejército restaurador de la libertad.

Compañeros de armas: Un suceso importante, y que podré llamar feliz, me obliga á dirigiros la palabra. La guarnición y vecindario del puerto de Acapulco acaban de secundar el plan político que en Ayutla iniciara el valiente coronel Don Florencio Villarreal: he sido invitado pa-

ra ponerme al frente de vosotros, y estoy pronto, porque los santos y justificados principios que en él se invocan, están identificados con mis propias convicciones, y lo sostendré gustoso hasta perecer en la demanda, ó ver logrado su triunfo completo, no obstante el penoso estado de mi quebrantada salud: porque un soldado viejo de la Independencia, no puede ser indiferente al peligro de la patria, ni dejar de empuñar las armas para proteger los derechos individuales de los mexicanos, hollados cruelmente por el abuso escandaloso de un poder arbitrario.

El general Santa-Anna, faltando de una manera indigna á la confianza de los pueblos, y á los compromisos solemnes que contrajo al pisar el suelo patrio, se entregó en brazos del partido parricida; del partido que compró infamemente la cabeza del ilustre general Guerrero, y cuyas tendencias al despotismo son instintivas. Persuadido como lo está, de que el Sur ha sido constantemente y será siempre el baluarte de la libertad, así como de su impotencia para subyugarlo, pone en juego todos sus recursos sacrificando el tesoro público, y adopta para conseguir sus miras, la traición y la perfidia.

Soldados: Se supone que una invasión extranjera amagaba nuestras costas, y no se os creyó capaces de combatirla y repelerla. ¡Camaradas, ó se ha desconfiado de vuestro valor y patriotismo, ó se os ha querido sorprender villanamente! En una palabra, sabedlo todo: esa invasión es una mentira, es una superchería inicua, es un pretexto embustero para llenar de tropas nuestros pueblos, desarmanarlos sucesivamente, y después dominarnos por la fuerza y el terror. ¿Cómo no repeler semejante agresión? ¿cómo dejarnos pacientemente oprimir? No, valientes surianos; que sepa el mundo que los indómitos hijos de las mon-

tañas no han degenerado: que como han sabido siempre sostener su libertad y sus derechos, sabrán también pelear y morir por rechazar cualquiera agresión extranjera en defensa del territorio nacional.

¡Soldados, á la campaña! En esta lucha están empeñados el bien de la patria y vuestra misma reputación: llevemos la guerra hasta la silla del déspota; y que la refulgente estrella de la libertad que comenzaba á eclipsarse para nuestro infortunado suelo, recobre su brillo y vuelva á derramar sobre nosotros sus purós resplandores. Jurad no dejar las armas de la mano hasta que en la nación se consoliden los bienes inestimables que se le quieren arrebatarse, y decid con vuestro antiguo jefe: ¡viva la república! ¡viva la libertad! ¡viva el Sur!—*Juan Alvarez*.—Peregrino, Marzo 14 de 1854.

Se había dado ya el grito de libertad en las montañas del Sur, y este grito fué repercutiendo en todos los ámbitos de la República, comunicando ánimo y esperanza á los mexicanos oprimidos. Los que tuvieron valor y oportunidad lo secundaron desde luego, no sin sufrir la muerte, como sucedió á Gordiano Guzmán en Michoacán; otros hacían sus preparativos con toda reserva, y los demás, los que estaban sufriendo con resignación la tiranía que imperaba en las poblaciones, esos acompañaban con sus buenos deseos y con sus simpatías á los pronunciados, contentándose con inventar noticias que los favorecieran, si bien el poder autócrata dictó luego disposiciones terribles contra los alarmistas, contra los indefensos que no tenían más fusiles que la lengua y la buena voluntad hacia los restauradores de las garantías individuales.

Cuando Santa-Anna se enteró bien de lo que estaba pasando en el Sur, dijo á sus ministros:

—Es mejor que se hayan pronunciado, porque así voy á acabar de un solo golpe con esa horda de bandidos.

En seguida apresuró el movimiento de las tropas que faltaban para lanzar sobre los cuatrocientos hombres pronunciados un ejército de siete mil veteranos con cuarenta bocas de fuego.

Cuando ya todo estaba listo, dijo á sus ministros:

—Yo mismo marchó á la campaña.

—¿Pero qué necesidad tiene de molestarle así S. A. Serenísima? preguntó el Ministro de Relaciones.

—Ustedes no se apuren por mí: allí les dejo mi pliego de mortaja.

El pliego de mortaja contenía el nombre del que él quería que fuera su sucesor en caso de muerte.

Cuando mucho le rogaron, él les dió esta razón toral:

—Yo quiero por mí mismo, por mi mano, castigar á aquellos insolentes.

Y en pocos días se puso aquella águila dictatorial en el Sur, para devorar allí á la media docena de palomas que habían osado volar más alto de lo que debieran y turbar los sueños de gloria del tirano.

CAPITULO VIII.

Xundimientto del Dictador.

HE aquí el diario de un oficial que tomó parte en la expedición del Sur, cuyo manuscrito nos encontramos entre unos papeles viejos:

15 de Marzo de 1854.—Todo el día ha sido de fatigas y de preparativos para la salida del Ejército. Se dice que los ministros hasta se han arrodillado á los piés del general Presidente rogándole que no vaya á exponer su preciosa vida en aquellos climas mortíferos; pero que les ha contestado que no quiere valerse de ningún otro para llevar á cabo la empresa, y que yendo él está seguro de acabar pronto con los pronunciados, porque su solo nombre bastará para que se caigan todos muertos de terror.

Marzo 16.—A las cinco de la mañana salieron cinco mil hombres, dejando la ciudad de México casi desguarnecida. La carga va en más de seiscientas mulas, y de ellas